

Conversación entre viajes

A puesta a que es apuesto y casual. Se sabe best-seller y no en vano: tanto "La ciudad anterior" como "El nadador" han vendido fácilmente.

Conversar con él desconcerta, porque el aplomo de su apariencia se pierde en su tartamudeo.

Acaba de volver de Buenos Aires donde promocionó su libro y ahora pondrá de nuevo la humanidad en un avión para ir a Madrid y Ciudad de México a hacer otro tanto. Entre viaje y viaje, se sienta en un estar de su casa y conversa con la prensa.

-¿Su novela está escrita pensando en el mercado latinoamericano?

-Yo no escribo pensando ni siquiera en un lector determinado, menos pensaría en un mercado.

-Lo digo porque utiliza términos que en Chile no se usan para nada, como 'tumbona'...

-Lo que pasa es que ese mueble en particular, yo busqué qué nombre tenía... Pero salvo la palabra 'tumbona', que no es de uso corriente, no veo que en mi novela exista un lenguaje especial.

-Pero "El nadador" podría pasar aquí o en la quebrada del ají. Es Santiago en muchos momentos, pero hay un intento por escamotear el lugar. Hay sitios inventados...

-Para nada.

-¿No? ¿Esas playas no tienen nombres inventados?

-Ah, claro, los nombres de los lugares son inventados. En "La ciudad anterior" ni siquiera hay nombres.

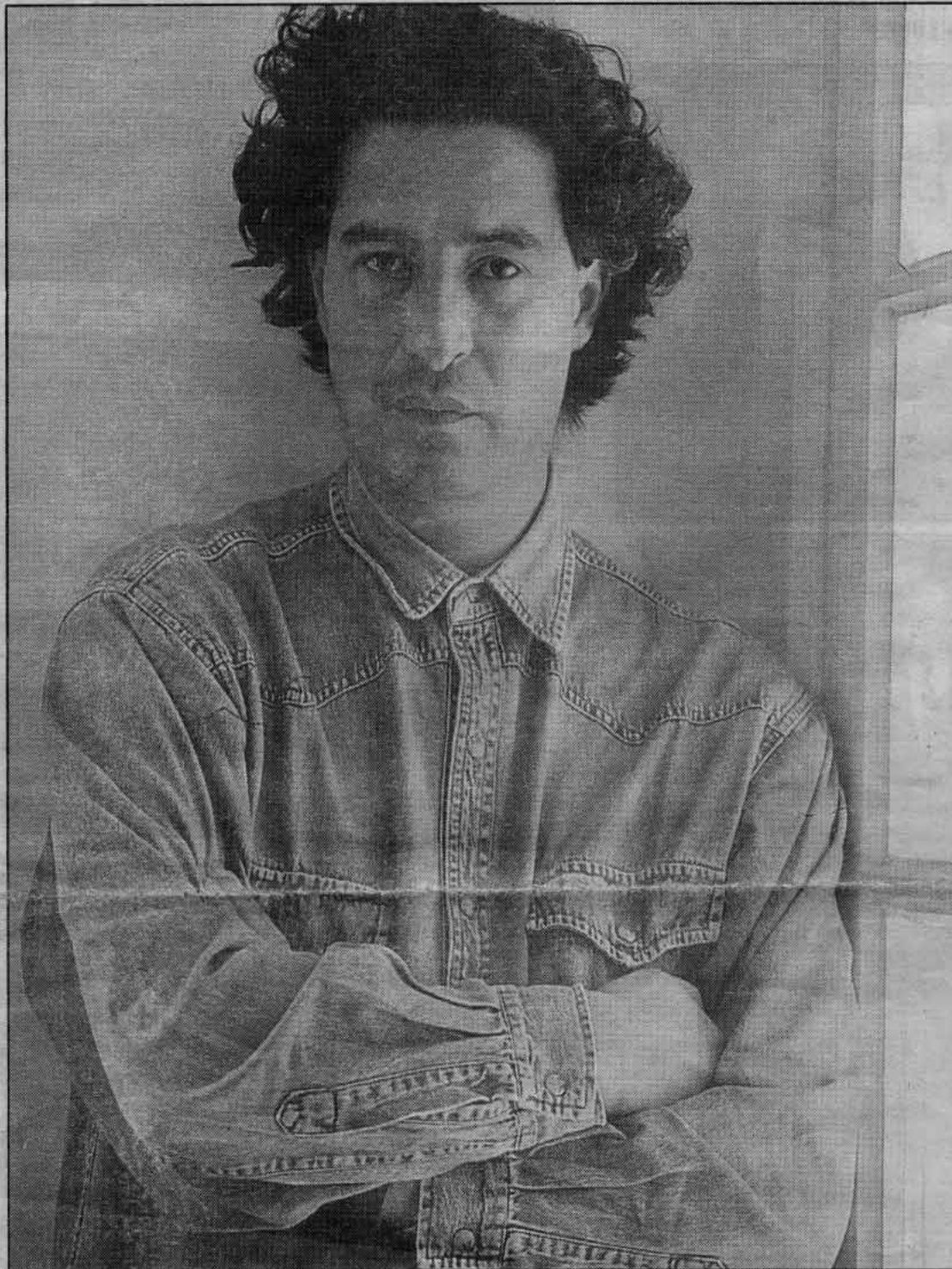
-Sin embargo, es mucho más chilena.

-Es más chilena... Lo que ocurre es que el Santiago que trato de pintar, es el nuevo Santiago. El Santiago... de los 'jaguars'.

-¿Cree que el universo de los 'jaguars' es tan estático que la gente no hace nada, que se dedica sólo a mirarse al ombligo y sentir sus problemas emocionales?

-No, mis personajes pertenecen a una clase en decadencia, digamos, y que no están en esa guerra del consumo en que está la mayoría de la sociedad chilena. Y no lo están porque quería centrarme en ellos como objetos de sentimientos, de conciencia...

-Parece muy curioso que en su novela los



LINCOYAN PARRADA

"El nadador" es la segunda novela de Gonzalo Contreras. Además de Chile, la obra fue lanzada a fines de septiembre en Buenos Aires. Próximamente el autor viajará a la presentación de su libro en Ciudad de México y Madrid.

personajes no hagan absolutamente nada. Salvo uno que es terrorista.

-De que sea terrorista, no se sabe. Es una suposición de la policía. Podría ser, por ejemplo, ¿cómo se llama? Este cabro que está en España...

-Olea Gaona.

-Olea Gaona. Alguien del cual se presume..., pero que tiene una actividad política, sin duda. Ahora, Max Borda (el protagonista) ha trabajado su vida entera. Lo que pasa es que él renuncia.

-Sí, pero ¿en qué? Porque en la novela queda claro que lo ha hecho para destacarse en el ámbito internacional y no porque quiera hacer un aporte a... qué sé yo, al progreso del mundo, al mejoramiento de la raza humana, etcétera. El busca lucimiento personal.

-Pienso que él tiene la misma obsesión de todos

los físicos, que es descubrir algo. Y, ¿para qué crees tú que los científicos descubren algo?, ¿por amor a la humanidad?

-Esperaría que sí.

-Yo creo que no. Son tipos obsesivos, que quieren ver sus nombres en el firmamento de la física mundial. Los escritores, también; los pintores, también; los futbolistas, también.

-O sea, todo se mueve en este mundo por el egoísmo. Nadie piensa en el otro.

-Las actividades cuando son bien hechas favorecen a la humanidad, desde un futbolista a un escritor. No creo que un futbolista piense en el bien de la humanidad, pero bienvenido que exista Bam Bam, ¿no es cierto?

-Un futbolista no tendría por qué pensar en ello, pero un físico sí y un escritor, quizá, también.

-No. Me parece como,

no quiero achicar tu postura, pero hay como un cierto candor en la pregunta.

-Prefiero ser cándida a cínica.

-No es que yo sea cínica. Si me preguntas si yo escribo por el engrandecimiento de la humanidad, además sería pedante.

-Pero, ¿no escribe para tratar de entenderse a sí mismo y a los otros? ¿O sólo por el gusto de ver un libro como un objeto que lleva su nombre?

-No, uno escribe por profundas razones interiores.

-¿Cuáles serían?

-Bueno, uno escribe porque está puesto en este mundo y está en fricción con este mundo. Y trata de resolver de alguna forma la desintonía entre uno y el universo.

-¿Y cuál es su desintonía con el universo?

-Son múltiples, son miles (inexplicablemente,

se para y corrige la posición de un caballito rojo de lata en una mesa. Luego continúa y vuelve a sentarse). Vienen desde el día en que uno nace. Si yo estuviera absolutamente a gusto en este mundo no tendría para qué escribir. Se escribe desde una fractura.

-¿Cuál es su principal fractura?

-Es como metafísica, no es que tenga un problema puntual que resolver.

-No le pregunto sobre un problema puntual, supongo que estamos hablando de cosas más profundas.

-Sí, claro, es la fractura del ser simplemente, del existir.

-Volviendo a sus personajes, ¿cree que todas las mujeres de clase alta son solamente objetos de adorno?

-Eeeeh, no, no lo creo. El que yo haya creado esos personajes no es que yo piense que el

mundo es así.

-Lo que pasa es que no hay ninguna que contrarreste. Todas las mujeres de su novela son hermosas e inútiles.

-Una es enferma...

-... e inútil...

-... la otra es una mundana...

-... e inútil...

-... y Virginia que es una trágica.

-Inútil también, porque se puede ser trágica desde el hacer, ¿no?

-Sí, pero, pero, yo no hago pintura social.

-No hablo de pintura social, sino de tipos humanos. Es que me llama poderosamente la atención que en su novela todos los tipos humanos presentados sólo vivan en torno a sus vagas emociones, sus vagos conflictos; porque sus conflictos no son poderosos. Allí nadie cambia mucho.

-Uhhmm... Para la historia que quería contar, necesitaba esos personajes. De ellos y no de otros.

-¿Y nunca hubo uno que echara a la basura?

-No. Y eso no significa que yo vea la sociedad de esa manera.

-¿Cómo ve la sociedad?

-¡Qué preguntas más globales me haces tú!, son macropreguntas.

-Puede responderla o no.

-Yo veo la sociedad chilena actual como aviladora, desolidarizada, individualista, consumista, aparenzial. Una sociedad que vive para lo externo, que se pasó del picnic en el Cajón del Maipo al domingo en el Parque Arauco. Evidentemente, es una sociedad respecto a la cual yo tengo un mirada completamente crítica.

-Dentro de esta mirada crítica, ¿le molesta que se haya usado su nombre y su novela para un juego de mercado, como el aparecer en el cuarto lugar del ranking antes de ser lanzada?

-La novela fue distribuida un día sábado, y el día lunes ya estaba en cuarto lugar. El martes fue el lanzamiento. Yo vendí 20 mil ejemplares de "La ciudad anterior". Lo que pasa es que lo que se vende en Chile es poco. Basta que salga mi libro, que muchos lectores vieron porque se distribuyeron afiches antes... y por

lo tanto hubo tres días para que se vendiera el libro, y durante esos tres días llegué al cuarto lugar.

“Porque los márgenes de ventas de los otros libros son mínimos. O sea, el más vendido de todos vende muy poco. Por lo tanto, es muy fácil subir en el ranking. Es tan simple como que Altamira Providencia pidió quince libros y el lunes no había ninguno”.

-Pasando a otro tema. Usted maneja un lenguaje muy depurado, casi manierista, ¿trabaja mucho?

-Sí, trabajo obsesivamente. Esa novela debe tener seis o siete versiones.

-¿Cuándo decide parar?

-Cuando el editor me saca la novela de las manos.

-¿Podrían haber existido seis versiones más?

-Supongo que sí. Borges decía que la corrección era virtualmente un proceso infinito.

-¿Relee las versiones anteriores?

-No, termino una versión y vuelvo a la línea uno para ver si se puede decir mejor. Y de ahí para abajo. No es que relea. De hecho nunca he leído un libro mío. En rigor, trabajo párrafo a párrafo y eso no constituye lectura. Me detengo en un párrafo y puedo quedarme trabajando dos horas en él y una vez que considero que está resuelto sigo hacia abajo....

-Un trabajo con las palabras y no con el texto en su totalidad...

-Lo que pasa es que la corrección es una búsqueda de mayor profundidad y sentido. ¿Puedo hacer que esto tenga más carga emotiva, que la sensación psicológica esté lo suficientemente bien expresada? En el fondo, el trabajo de corrección es una bajada en profundidad. No es un trabajo en la horizontal, es en la vertical.

-¿Cómo trabaja con su editor?

-Tengo un excelente editor actualmente.

-¿Quién?

-Alfaguara.

-Sí, pero quién dentro de Alfaguara.

-Marcelo Maturana, es un... bueno, Marcelo me hizo algunas observaciones, como todo editor. Algunas las tomé, otras no.

-Hay una relación, ¿de tensión?

-No, somos muy amigos. Marcelo te hace sugerencias y de repente te dice cosas que no le gustan. Yo digo 'mala cueva' que no te gusten. Nunca he tenido problemas graves con un editor. Habi-

tualmente los textos están en bastante buen estado cuando llegan a sus manos.

-¿Van como en la quinta versión?

-(Sonríe). Van como en la quinta.

-¿Ahora en qué está?

-He tenido tal cantidad de entrevistas y viajes... que estoy bastante extenuado y estoy tocando las teclas solamente, tirando frases, leyendo y tomando apuntes. No tengo un próximo tema en la cabeza.

-¿Lee a sus colegas chilenos?

-Eeeeh. Los leo, los leo a todos. Leo casi todo lo que aparece como título nuevo. Por una curiosidad básica.

-¿Morbosa?

-Noooo, no es morbo, pero por supuesto que quiero saber qué están haciendo mis pares, digamos.

Yo veo la sociedad chilena actual como avalórica, desolidarizada, individualista, consumista, aparential. Una sociedad que vive para lo externo, que se pasó del picnic en el Cajón del Maipo al domingo en el Parque Arauco. Evidentemente, es una sociedad respecto a la cual yo tengo un mirada completamente crítica.

-¿Y?

-Y nada.

-¿Nada?

-¿Qué?

-¿No tiene ninguna opinión de lo que escriben sus pares?

-No, yo creo que en Chile se está haciendo una muy buena narrativa. Estuve recientemente en Argentina y si comparo el panorama de esa narrativa joven hoy en día con el chileno, la vitalidad del ambiente chileno es indiscutiblemente mayor. Por nombrarte una referencia. Yo creo que en Chile hay seis o siete nombres que están haciendo una narrativa bastante poderosa. Pero no me pidas esos nombres, eso sí.

-¿Por qué? ¿Pudor?

-Por pudor, porque se me puede quedar alguien afuera. Pero, en una opinión genérica, creo que hay

una narrativa sólida, que va desde los escritores de 30 para arriba, con nombres que llegaron para quedarse.

-¿Cree que el auge de los talleres ha significado realmente una buena base para la formación de escritores jóvenes?

-Sí, fíjate. Yo creo que te evitan un aprendizaje que uno igual podría hacer, pero con más tiempo.

-Pero exigen una cierta capacidad para el 'streap tease' violento.

-Todo escritor hace ese 'streap tease' y mejor empezar a hacerlo entre 10 personas que ante diez mil.

-Pero ante diez mil se hace con un texto que el escritor considera terminado, no con el proceso.

-Más que ese efecto negativo, el taller rompe la membrana de la soledad de la escritura. La gente se encuentra con que no son los únicos chiflados que están escribiendo en Santiago. Porque cuando se comienza, uno cree que es el único loco que está preocupado por la sintaxis de una frase.

-¿Cree que hay crítica literaria en Chile?

-La hay, pero no la suficiente. Yo creo que la desaparición del cura Valente, pese a que me criticó aunque de forma excepcional, ha producido un cierto vacío en la crítica chilena porque le ponía un cierto tono controversial al ambiente literario. Lo que sí hay son tres críticos jóvenes: uno es Camilo Marks en "La Epoca", otro es Pinto en el "Caras", y el otro es Javier Edwards en "El Mercurio".

-¿Cree en la crítica impresionista o en la que entrega claves al lector, más que una bendición o un estigma?

-Eeeeeeh. Yo creo que la crítica ideal debería ser una mezcla de las dos. Pero más bien creo en una crítica impresionista que en una estructuralista, por ejemplo.

-¿Por qué?

-Porque el estructuralismo pretendió que la literatura era una ciencia.. y no lo es.

-¿No será que el estructuralismo pretendió ser, él, una ciencia del análisis para asumir?...

-Pretendió que el problema del lenguaje era una ciencia.

-¿Y qué es para usted el lenguaje?

-Es decir, el lenguaje para mí es mi herramienta de expresión y con él trato de hacer belleza que es lo que debe pretender todo artista.

Nadar en aguas turbulentas

Gonzalo Contreras, *El nadador*, Santiago, Editorial Alfaguara, 1995, 314 páginas.

Mariano Aguirre

La segunda novela de Gonzalo Contreras, "El nadador", se ha encaramado en los primeros lugares de las listas de los libros más vendidos, listas de las que personalmente descreo, aunque en este caso todo es posible. La buena recepción de "La ciudad anterior" dejó abierta la inquietud para conocer el desarrollo de un novelista talentoso.

Es factible que parte importante de los lectores de esa primera novela queden bastante satisfechos con "El nadador", incluso más de uno la encontrará mejor. No me parece, aunque algo sí queda claro. Esta segunda novela, casi siempre la más dificultosa, está estupendamente bien escrita.

Gonzalo Contreras ha optado por un narrador ficticio de características más bien convencionales como es el uso de la tercera persona y una capacidad ponderada para sopesar los acontecimientos. Mantiene cierta distancia, pero no trepida si es necesario introducirse en la conciencia de los personajes. Es un narrador inteligente y moderado que maneja el lenguaje con soltura y sin esa excesiva brillantez que muchas veces suena a rebuscamiento. Es lo mejor de la novela, incluso cuando le entrega la voz a los personajes, los diálogos son fluidos y bien contruidos.

Por otra parte corren los reparos a este relato.

La historia narrada -sin caer en la dicotomía forma y fondo- está centrada en las tribulaciones amorosas y familiares de Max Borda, un físico cincuentón que hace del nadar una metáfora de la sobrevivencia.

El mundo en que está inserto, salvo tal vez sus dudas

profesionales y la relación con su hija Cristina, bordea la banalidad. El amor, o mejor, la crisis del amor, constituye el núcleo fundamental del texto. Su despliegue va mostrando una galería de personajes femeninos, en especial su amante Bibi y su cuñada, también amante, Virginia, con una dosis de estereotipada vacuidad. Más allá de la relación con Max, la una, sin conocerse, una visión de mundo donde, entre otras cosas, el trabajo es algo que jamás se les ha pasado por la mente, aunque por cierto lo necesitan.

Más interesante por ausencia o presencia es Alejandra, la maniaco-depresiva mujer de Borda. Son años de matrimonio en que es mucho más lo que se esconde que lo que se dice, pero ella sabe todo. Su inesperada desaparición es la que gatilla la trama del relato, pero sin transformarlo en uno policial ni nada que se parezca, salvo en las últimas páginas con una salida más o menos convencional.

A partir de la huida de Alejandra, porque eso es aunque Max y Virginia no lo quieran aceptar, la novela se amplía hacia un pasado que muestra las apariencias de existencias acomodaticias a formas de vida vacías hasta la mediocridad. Todo es hacia adentro, como si el mundo de la calle fuera una constante amenaza. Lo que pasa en esas vidas -algunas situaciones son feroces- se oculta. No deja de ser sintomático que a la muerte de la madre de Max, éste, su hijo mayor, nada sabe de los papeles maternos. Y en este punto, una de las relaciones más sugerentes del relato, aunque poco desplegada es la de Max con su hermano Javier, un sacerdote que vive en Italia. Ahí hay una tensión real.

"El nadador" es, entonces, una novela que muestra la gran capacidad narrativa de Gonzalo Contreras, pero a la vez un espacio social de escasa inquietud.